

desde el feminismo hasta el unisexo

LA REVOLUCION DE LA MUJER

¿QUE es una mujer? Cualquier aproximación a un tema que apasiona en nuestros días —la nueva situación de la mujer en el mundo moderno— tropieza inmediatamente con una dificultad de definición. Es posible que ningún grupo viviente haya sido descrito de tantas y tan contradictorias maneras, tan excesivas, tan extremas, que pasan de la adoración y la idealización al odio y al desprecio. ¿De quién parten esas descripciones? Evidentemente, del hombre. Y las hace en relación con él. Es decir, que la mujer, hasta ahora, es un ser definido y descrito por el hombre, como objeto de su relación con ella. Una relación que es, al mismo tiempo, de necesidad y de inutilidad, una relación de afirmación y de negación. Esto significa una relación dialéctica; de una dialéctica que no ha sido aún superada. La mujer aparece unas

Por **JUAN ALDEBARAN**

veces como el bien absoluto y otras como el mal absoluto; entre estos dos extremos caben todos los matices. Bien o mal absolutos se refieren siempre a la humanidad; y la humanidad es el mundo del hombre. Vivimos en un mundo masculino, y la mujer es su huésped. Vive en casa ajena: en la casa del hombre. Este concepto, largamente mantenido en la sociedad que llamamos occidental —y no ahora en la falsa acepción política que se ha dado al término "occidental", sino en el más amplio de una civilización que es heredera principalmente del judaísmo, de Grecia y de Roma, con numerosas incrustaciones nórdicas y árabes; es decir, de un mosaico mental confuso y contradictorio—, está ahora en plena revisión, como consecuencia de una serie de hechos que son propios de nuestro siglo, como son, someramente enunciados, las movilizaciones masivas de hombres para la guerra, que han forzado a entregar los puestos de trabajo a las mujeres; el maquinismo, que supone una rebaja considerable de la dosis de fuerza necesaria para efectuar ciertos trabajos pesados; incluso la aparición de las armas modernas, que reducen el esfuerzo muscular en la guerra —Israel tiene un ejército femenino—. Estos hechos han forzado la convivencia del hombre y la mujer, antes exquisitamente reglamentada por convenciones, cortesías y códigos de honor. Una serie de mitos han caído o están cayendo ahora. La mujer ha encontrado entreabierta la puerta de una mejor posición social, de una posición no dependiente, de una mayor facilidad de vivir. El hombre encuentra menos argumentos ahora para rechazarla. Finalmente, en estos días se discute en todo el planeta la aparición de un elemento que parece modificar la misma naturaleza de la mujer: la limitación de los nacimientos. El último argumento antifeminista era el de que la mujer, como "vaso sagrado de la especie", tenía una función definida por la naturaleza, y esa función podía estar en contradicción con cualquier otra. La maternidad voluntaria cambia, en numerosos países, la situación de la mujer con respecto al hombre, o con respecto, si se quiere, a la sociedad. Y aparece el unisexo, y nuevas formas de lucha...





SIGUE

EL SUFRAGISMO Y LA REBELDIA AMERICANA

I

El paraguas de Mrs. Pankhurst ● Ida Alexa Ross Wylie [derribaba policías a puñetazos] ● El sufragismo y sus tesis ● Un fruto de la revolución industrial ● Historia de Lucy Stone ● Feminismo y antiesclavismo ● Séneca Falls ● «Un movimiento perverso y loco», dice la Reina Victoria.

CUANDO la señora Pankhurst se echaba a la calle, Londres temblaba. Con un algodón empapado en alcohol incendiaba la correspondencia en los buzones. Con un bastón o con piedras rompía los cristales de las ventanas. En su bolso había siempre tomates o fruta pasada, algún huevo podrido: eran proyectiles que tenía preparados para cuando, en su camino, se cruzaba algún ministro, algún diputado. Y ella paseaba por Londres de forma que siempre se produjera alguno de esos gratos encuentros. Cuando su hija Christabel tuvo edad para ello, la acompañaba en sus expediciones. La señora Emmeline Pankhurst y sus hijas fueron, a su manera, unas terroristas. Este pequeño terror incruento estaba destinado a atraer la atención de los poderes y de la opinión pública hacia la situación de injusticia y de inferioridad de la mujer.

Sucedía en los primeros años del siglo. Las sufragistas —sufragette movement— pedían, sobre todo —de ahí su nombre—, el derecho al voto. Una de ellas, Ida Alexa Ross Wylie, describe así aquellos momentos exaltantes: «Ante mi propio asombro, advertí que las mujeres, a pesar de sus largas faldas y a pesar del hecho que durante siglos no se habló de la pierna de una dama respetable, pedían de pronto correr mucho más velozmente que un guardia inglés. Con un poco de práctica llegaron a ser lo suficientemente hábiles como para colocar del primer disparo un tomate muy maduro en el ojo de un ministro; adquirieron la necesaria presencia de ánimo como para ridiculizar y hacer girar en redondo a todo Scotland Yard. Su sentido de la organización improvisada, de la discreción y de la lealtad, su indiferencia iconoclasta por las clases sociales y el orden establecido, fueron revelaciones para todos, pero, en primer lugar, para ellas mismas».

«El día en que yo, de un zurdazo a la mandíbula, envié al foso de orquesta del teatro donde celebramos una de nuestras reuniones

a un sólido agente de la policía, fue para mí un día de gloria que me reveló a mí misma. Como yo no era un genio, este episodio no me dio ninguna aureola, pero marcó el apogeo de mi destino. Durante dos años viví intensamente esta exaltante y a veces peligrosa aventura; milité y luché junto a mujeres bien equilibradas, vigorosas y alegres, que relan con franqueza, que caminaban libremente en lugar de contorsionarse, que podían ayunar tan bien como Gandhi y soportar todas las pruebas sonriendo y bromeando. He dormido sobre el suelo desnudo junto a duquesas, que no eran muy jóvenes, cocineras corpulentas, jóvenes vendedoras. A veces nos hemos sentido fatigadas, hemos tenido miedo, nos han maltratado; pero nunca hemos estado tan satisfechas de nosotras mismas. Conocíamos, juntas, una alegría de vivir que jamás habíamos conocido. La mayor parte de mis amigas tenían maridos, hijos; y sucedían cosas curiosas en sus vidas. Por la noche, los maridos llegaban repletos de una curiosidad nueva... En cuanto a los niños, su actitud cambiaba rápidamente y pasaban de un afecto compasivo por sus pobres madres queri-



Christabel Pankhurst. Cuando tuvo edad para ello acompañó a su madre por las calles de Londres, con el bolso lleno de tomates o fruta pasada, para lanzarlos a la cara de los honorables diputados.

das a una admiración que les hacía abrir los ojos, maravillados. No estaban ahogados por un amor maternal excesivo, porque las madres estaban demasiado ocupadas para dedicarse a ellos de una manera que no fuese sumaria, aunque suficiente; pero ellos descubrieron que las amaban así. Aquellas mujeres tenían un aspecto deportivo; tenían valor... Las que se quedaron al margen de la batalla, y es preciso decir, desgraciadamente, que formaban la mayoría —y que eran, más que nunca, mujercitas frágiles—, odiaban a aquellas combatientes con un odio venenoso y las envidiaban con cólera...».

Los políticos apoyan el sufragismo

El sufragismo había comenzado en Gran Bretaña hacia fines del siglo XVIII y se había extendido por todo el siglo XIX. Le prestaban apoyo algunos de los más eminentes políticos y pensadores de la época: Cobden, Stuart Mill, Disraeli. Muchas cosas surgieron entre la mitad del siglo XVIII y el siglo XIX en Gran Bretaña: muchos movimientos sociales, muchas aspiraciones de libertad. Londres era una ciudad en blanco y negro, o en oro y negro. Llegaban a los docks barcos cargados con los tesoros de las colonias y se vaciaban, para volver a partir; sus tesoros los acumulaba una clase privilegiada y minoritaria, que vivía rodeada de la miseria más espantosa. En aquellos mismos docks —el mundo de las novelas de Dickens—, «centenares de pobres aparecen todas las mañanas de invierno, antes de la aurora, con la esperanza de conseguir un día de trabajo. Esperan que se abran las puertas, y cuando los más jóvenes, más fuertes y mejor conocidos han sido ajustados, centenares de seres agobiados por el peso de su fallida esperanza se vuelven a sus hogares. Cuando esa gente no tiene trabajo y carece de la voluntad de rebelarse contra la sociedad, ¿qué les queda, sino la mendicidad? Nadie puede extrañarse del gran ejército de mendigos que existe hoy, muchos de ellos hombres hábiles, contra los que lleva perpetua guerra la policía» (de un sermón del reverendo Champney, citado por Engels en *The condition of the working class in England in 1844*). Marx y Engels observaban aquella sociedad y extraían de ella leyes económicas: nacía al marxismo. Un tímido



sacerdote, el abate Malthus, se estremecía ante la enorme proliferación demográfica en los suburbios: se inicia la teoría del control de nacimientos.

la mujer: una muestra de opulencia

Mary Wollstonecraft observaba, simplemente, su familia; y encontraba insoportable el destino de la mujer. Una familia inglesa en la primera mitad del siglo XIX era una institución feudal. «Era una figura que inspiraba temor (el padre de familia), infalible en sus juicios, y de patillas y moralidad irrepugnables; su mujer, que unos años antes era una muchacha de tez clara, esbelta, se había convertido en una ama de casa, una niñera, una gallina clueca. Ancha, tiesa y vacía de ideas, con la tez rojiza, ojos color de porcelana azul, amplios vestidos, fuertes botas masculinas, los dientes salientes y largos». «El domingo por la noche (el padre de familia) es su guía espiritual, su capellán; se los puede ver entrando en fila, las mujeres las primeras, los hombres detrás, con gravedad, y ocupando sus sitios en el salón. La familia y los huéspedes están reunidos. El amo lee en voz alta un corto sermón, después una oración; entonces, todos se arródlan o se inclinan hacia adelante, la cara vuelta hacia la pared; por último, aquél repite el padre-nuestro y, frase por frase, los fieles responden. Hecho esto, los criados se marchan, saliendo en el mismo orden, silenciosamente, meditativamente... Ni un músculo de sus rostros se movía» (Hipólito Taine, **Notas sobre Inglaterra**. Colección Universal, Espasa-Calpe, Madrid-Barcelona). «Las vidas de las jóvenes de familia acomodada estaban talmente guarecidas que se les cortaba de las mismas raíces de la vida. A los hombres se les formaba para crear riquezas; a las mujeres, para transmitir las y formar parte de ellas. Se les consideraba como la muestra principal de la opulencia y la dignidad social de su padre o esposo; sus elegantes perfecciones, su delicadeza y castidad eran motivos de orgullo y satisfacción masculinos». «La prosecución de la riqueza, con exclusión de toda otra finalidad mundana, estaba ya produciendo cambios en todos los sectores de la vida inglesa, pero el más notable consistía en privar a las damas inglesas de sus ocupaciones útiles». «El proceso fue gradual, y mientras estuvieron a la moda las familias numerosas estuvo atemperado por la disciplina y el toma y daca de la vida hogareña en común. Con el desarrollo de la riqueza comercial y de los medios mecánicos para multiplicar la comodidad y el lujo, sus efectos se tornaron más dañinos. Porque, en fin de cuentas, concluyeron por privar a muchas mujeres, de la clase superior y media, de las fuentes naturales de vitalidad y de los sentimientos instintivos de vida discreta y equilibrada que, como madres, debie-

SIGUE



Cuando la señora Pankhurst se echaba a la calle, Londres temblaba. Eran los primeros años del siglo y se iniciaba entonces el movimiento sufragista: la petición del derecho al voto. Un camino duro.

ron haber transmitido a futuras generaciones. Muchos de los males de nuestra época de liquidación han de atribuirse a esta causa, y en mayor grado de lo que se cree» (Arthur Bryant, *Cien años de vida inglesa*, Editorial Juventud, Barcelona, 1946).

La rebelión de las mujeres nació, como tantas otras cosas, de la «revolución industrial» y de la agudización y las contradicciones del imperio británico. Es un elemento ligado a otras revueltas, aunque se haya desarrollado por su parte con independencia: a la revuelta del proletariado, a la lucha por la emancipación demográfica —tan íntimamente ligada a la situación de la mujer—, a la rebelión de los países colonizados.

Las rebeldes de América

Pronto iba a encontrar una tierra de adopción, una tierra donde la palabra libertad tenía un carácter sagrado: los incipientes Estados Unidos de América. La mujer del colono, la mujer del pionero, había compartido con su hombre el fusil y la carreta, la busca del oro, la construcción de la cabaña. Era difícil contenerla, después, en un estado de sumisión. Uno de sus primeros apóstoles fue el gran jefe de la revolución, Thomas Payne. «Incluso —decía— en los países en que se puede considerar que son más felices, se impide a las



Un tímido sacerdote, el abate Malthus, se estremecía ante la proliferación demográfica de los suburbios: se iniciaba la teoría del control de nacimientos.

mujeres expresarse, desenvolver sus aspiraciones. Las leyes oprimen su libertad, les roban su voluntad. Son las esclavas de la opinión». Estas palabras son de 1775. Pronto las mujeres de América se unieron a otro movimiento social que, aparentemente, no tenía relación con su propia condición:

el anti-esclavismo. Luchaban, al mismo tiempo, por su libertad y por la de los esclavos.

Lucy Stone: una mujer decepcionada

Lucy Stone era una mujer diminuta, de voz cristalina y dulce, de maneras suaves. No manejaba el paraguas como lo manejaría después la agresiva Mrs. Pankhurst. Era —dicen quienes la vieron— «un modelo de gracia femenina, fresca y radiante como una mañana de primavera». Cuando nació, en 1818, su madre exclamó: «Una niña, qué desgracia...». «He sido siempre —escribía, cuarenta años después— una mujer decepcionada, desde los primeros años de mi existencia consciente. Cuando intentaba, como mis hermanos, tener acceso a cualquier fuente de conocimiento, se me objetaba siempre: "Eso no es para ti, eso no es para una mujer..."». En materia de religión, de educación, de matrimonio, en todos los aspectos, la frustración es la suerte de la mujer. Mi razón de vivir es poner esta frustración en evidencia, en el fondo del corazón de cada mujer, hasta que dejen de aceptarla». La joven Lucy Stone estaba sentada un día en el taller de costura de la parroquia confeccionando una camisa para un seminarista, cuando oyó a Mary Lyon hablar de la educación de las mujeres. Dejó la camisa sin terminar y se dedicó a la enseñanza, cobrando un dólar por **SIGUE**



La rebelión de las mujeres nació con la «revolución industrial». Londres era entonces una ciudad en blanco y negro: junto a los tesoros que dejaban en los «docks» los barcos de las colonias se hacinaba la miseria. La minoría privilegiada vivía rodeada de pobres. La familia, era una institución feudal. La mujer, un ser sometido.



La española Concepción Arenal acudió a las clases de la Universidad disfrazada de varón, según cuentan. Fue una de las primeras mujeres españolas que tuvo cargos importantes sin pertenecer a la nobleza. Fue «Visitadora general de prisiones de mujeres» y su época coincide en parte con la etapa victoriana.

semana. Tenía entonces dieciséis años. Nueve años después ahorró lo suficiente para entrar en la Universidad, en una de las primeras Universidades que admitieron mujeres, en Oberlin, donde, sin embargo, la discriminación se practicaba concienzudamente. «Lavar la ropa de los hombres y arreglar sus cuartos, servirles a la mesa, escuchar sus arengas, mientras ellas mismas tenían que quedar mudas en las asambleas generales: así se preparaban las estudiantes de Oberlin para una vida de madres de familia inteligentes, de esposas dóciles y dominadas» (Eleanor Flexner, *Century of struggle*, 1959). Los sábados y los domingos, Lucy Stone recorría ciudades y pueblos pronunciando conferencias contra la esclavitud de los negros; los demás días de la semana, trabajaba por los derechos de la mujer. Cuando accedió a casarse, tras una larga persecución sentimental de Henry Blackwell, que la seguía por todas partes, y que gemía: «No es una mujer, es una locomotora»,



LA REVOLUCION DE LA MUJER

ella y su marido prestaron un juramento singular: «En el momento en que consagramos públicamente nuestro mutuo afecto por los lazos del matrimonio, consideramos deber nuestro declarar que no reconocemos por este acto ninguna de las sanciones, de los compromisos de obediencia que las leyes actuales del matrimonio imponen a la mujer, y que rehúsan así reconocerla como ser independiente y racional, confiando al marido una superioridad anormal e injuriosa». El pastor era también feminista: «Jamás celebren un matrimonio —diría el reverendo Thomas Higginson— sin sufrir profundamente por la iniquidad de un sistema que quiere hacer de la pareja un ser único, que no es otro que el marido». Lucy Stone reunió junto a ella al gran grupo del feminismo americano.

la declaración de seneca falls

El movimiento feminista americano condujo a una declaración solemne, realizada en Seneca Falls —Nueva York— el año 1848. Es una declaración de guerra al hombre dominante, que obliga a la mujer «a obedecer leyes dictadas sin su participación. Casada, ha hecho de ella, civilmente hablando, una muerta. Le ha retirado todo derecho a la propiedad; ni siquiera puede poseer aquello que puede ganar. Según los términos del matrimonio, debe obediencia a su marido, que se convierte en su dueño absoluto, puesto que la ley le autoriza a secuestrarla y administrarle castigos corporales. Le prohíbe todo acceso a la fortuna y a las distinciones que considera muy honorables para sí mismo. La enseñanza de la teología, de la medicina o del derecho es de acceso prohibido para la mujer; el hombre le ha rehusado las posibilidades de obtener una instrucción **SIGUE**

LA REVOLUCION DE LA MUJER

completa, puesto que las Universidades mantienen sus puertas cerradas a la mujer. Ha pervertido la conciencia pública instituyendo un código moral distinto para los hombres y para las mujeres, según el cual las faltas que excluyen a las mujeres de la sociedad son juzgadas veniales para los hombres. Ha usurpado incluso las prerrogativas de Jehovah, al reivindicar el derecho de asignar a la mujer una esfera de acción, cuya elección debería depender exclusivamente de ella, de su conciencia y de Dios. Se ha esforzado por todos los medios en privarle de toda confianza en sí misma, en humillar su amor propio; y, finalmente, la ha persuadido de que ella misma deseaba llevar una vida dependiente y abyecta». El párrafo heroico de la Declaración está inspirado en los documentos masculinos de la época, como la Declaración de la Independen-

cia americana: «Cuando, en el curso de la historia, se hace indispensable para una parte de la humanidad asumir entre los pueblos de la tierra una posición distinta de la que ocupaba entonces... Tenemos estas verdades por evidentes: todos los hombres y todas las mujeres nacen iguales».

la contrarrevolución

Apenas nacido, el feminismo fue duramente combatido. En Gran Bretaña, con el humor. En Estados Unidos, con la ira sacrosanta y las frases de corte bíblico que la condenaban al infierno. Aún persiste en nuestros tiempos, en ciertas películas o en ciertas obras de teatro, la burla contra la feminista. Aún queda su imagen deformada: descrita como un marimacho, como una frustrada en su fe-

Las mujeres de América del Norte se unieron a un movimiento paralelo al feminista: el antiesclavismo. Luchaban al mismo tiempo por su libertad y la de los esclavos, rompiendo la sumisión establecida.



La Reina Victoria de Inglaterra llamó al movimiento feminista un «movimiento perverso y loco». Junto a ella se agruparon las «mujercitas frágiles».

minidad; su movimiento, como un escape a la fealdad de sus inventoras, como una salida a su imposibilidad de encontrar marido. El hecho de que estas descripciones no correspondiesen a la realidad, nunca se consideró importante. Fanny Wright —hija de un aristócrata escocés— fue acusada de «roja prostituta de la infidelidad»; Ernestine Rose —hija de un rabino—, de «criatura infinitamente más despreciable que una mujer de vida airada». Frente a las manifestaciones de las feministas aparecían otras blandiendo pancartas: «Hay que salvar la feminidad», «Hay que salvar el hogar». Las peores enemigas eran las «otras» mujeres, las «mujercitas frágiles» que denunciaba Ida Alexa Ross Wylie. Una grande, poderosa mujer, que convirtió su reinado en una de las épocas más siniestras y oscurantistas de la historia, la Reina Victoria de Inglaterra, les declaró su enemistad. Ibsen, en su obra «Casa de muñecas», que es de 1879, recoge los aspectos de la lucha feminista —en un sentido netamente favorable a la mujer—; uno de sus personajes alude a la persecución del feminismo por la Reina Victoria. En 1870 la gran matrona había escrito una carta: «La Reina hace un llamamiento a todas aquellas que pueden tomar la palabra o escribir, y las conjura a que se unan para contener ese movimiento de los "derechos de la mujer", perverso y loco, con todos los horrores que arrastra y que ciegan a las pobres criaturas débiles de su sexo... Este tema irrita tanto a la Reina que apenas puede controlar su cólera. Dios creó diferentes al hombre y a la mujer; que cada uno se mantenga en su puesto».

J. A.

(Fotografías: MARTINEZ PARRA, FIEL, Embajada Británica y Archivo TRIUNFO).

PROXIMO NUMERO:

II.—LA MUJER A LA CONQUISTA DE SUS DERECHOS